HOMBRE AL AGUA.

El siguiente breve episodio no tiene la claridad de algunos de los que hemos narrado, pues apenas fué entrevisto en las aguas durante un momento. Es lo que podemos llamar una *instantánea* de la inundación.

Poco antes de la lluvia un hombre del pueblo estaba trabajando en meter unos barriles á la cantina «El Bateo.»

Era uno de esos pobres cargadores sin número, que ejercen en todo aquello que les puede producir con que ganarse la vida.

Vestía pobremente y creemos estaba un poco ebrio.

La brusca invación de la corriente lo sorprendió; no pudo ó no quiso escapar, quizá por no darse cuenta exacta del peligro.

Cuando el nivel llegó á su máximo, lo vieron asido á un alambre ó alcayata á la altura del rótulo de la tienda. Allí resistió el embate del agua que lo balanceaba en su débil apoyo. Muchos ojos conteplaron la escena y nadie podía prestarle un auxilio directo.

Por fin, sus manos crispadas se cansaron; empesaron á aflojarse; los que lo vieron comprendían que se iba á soltar y cerraron los ojos para no prensenciar el terrible desenlace. Poco después desapareció y ni una vez siquiera se vieron salir sus manos del agua encrespada.

Este pobre ser, del cual ni el nombre sabemos y que debe haber dejado tras sí una familia, hoy descansa quizá bajo algún ignorado montón de fango, en el lecho del río.

LAS PRIMERAS VICTIMAS.

Como ya en otro sitio hemos explicado, el terrible fenómeno meteorológico que causó la ruina de Guanajuato, ocasionó terribles avenidas en los dos torrentes, el de la Presa y el del Monte de San Nicolás, que uniendo sus aguas en San Agustín, formaron la espantosa avalancha que arrasó la ciudad. Por eso no es de extrañarse que los extragos empezaran en el barrio mismo de la Presa de la Olla, tanto en intereses materiales como en vidas humanas.

En las barracas en que ordinariamente se si-

túan los juegos callejeros, había uno construida de manta y llamada "la perra." Este nombre trae seguramente á la memoria ese asqueroso hacinamiento de hombres harapientos, reunidos alderredor de una mesa de juego y pendientes del correr de una grasienta baraja.

Todos conocemos "la perra."

Es el juego en su manifestación más repugnante. La miseria robando á la miseria. El vicio miserable que durante el año es perseguido por la ley y se desquita en los 15 dias de vacaciones que le dan las autoridades. Este año el encargado de *la perra* era un poore hombre de apellido Juvera, que como vigilante del empresario (también hay *empresarios* para esto!) se ganaba su pan y el de su mujer y su hijita.

En la primera inundación (la del 30 de Junio) cuando el agua llegó, la pobre familia se subió á la mesa de juego y allí resistió sin mojarse.

El 1º de Julio, cuando el agua lo invadió todo, con extraordinaria violencia, los jugadores allí reunidos corrieron á refugiarse en los próximos cerros, pero la familia Juvera, creyendo estar segura, recurrió al expediente del dia anterior.

Pronto el agua empezó á levantar la mesa; la mujer, apretando á su hijita entre los brazos, era sostenida por el marido. Llegó un gol-

pe de agua que arrebató á la chiquita entre las olas y entonces la mujer, con ese sublime heroísmo de las madres, se arrojó tras ella. Viendo Juvera desaparecer á su familia, loco de dolor, se arrojó también y así desaparecieron uno tras otro entre las aguas, la niña, la mujer y el esposo.

Estas fueron las primeras víctimas de ese torrente que tantas otras había de sepultar en breve término.

Los jugadores que, pasado el peligro, iban al centro, vieron extraer de un agujero de la bóveda del saneamiento el cadáver de la pobre madre, Juvera y su hijita no se encontraron.

Este doloroso drama de toda una familia, fué el prólogo de tantos y tan terribles episodios.

CONDENADOS A MUERTE.

(LAS ESCENAS DEL CORREO.)

No obstante de ser el edificio del Correo, situado en la plazuela de la Compañía, una de las oficinas federales que mas sufrió, y haberse registrado allí escenas conmovedoras y actos verdaderamente heroicos, ni las hojas sueltas de los periódicos locales, ni la información de la prensa metropolitana dicen nada á este respecto.

Y sin embargo, creemos que las escenas merecen ser conocidas y que son merecedores de aplauso los que allí, por sujeción al deber, se portaron tan dignamente. Los siguientes hechos hasta en sus menores detalles son rigurosamente verídicos.

Las oficinas del correo constan, en la planta baja del edificio, de una pieza destinada al despacho del público, con dos puertas á la calle y comunicación con el piso alto por los apartados, un pasadizo y un patio; y dos habitaciones interiores, comunicadas con la prime-

ra y situadas á mas alto nivel, provistas de ventanas bajas al callejón de San José y aseguradas con fuertes rejas de hierro.

El día del desastre poco antes de su principio estaba arreglándose la correspondencia, pues era hora de salida del tren. Cuando el agua empezó á subir se encontraban en la oficina las personas siguientes: el Jefe de ella Sr. Miguel Esparza; el Visitador de la 11ª Zona, Sr. Francisco de P. Reyes; los empleados Sres. Antonio Velázquez, Sr Molina, Srita. Soledad Noriega, Sr. Angel Rodriguez (mensajero) y Augusto Guedea, que por parte de la Jefatura de Hacienda estaba entregando los certificados de esa oficina. El primer golpe de agua penetró en el correo y sorprendió á los empleados en sus labores. La correspondencia estaba ya en las balijas, los certificados, los giros, los documentos importantes, encima de los escritorios. Fué tal la violencia del agua que tres personas del público, el Sr. P. Moreleón, el capitán Ruiz y otro cuyo nombre ignoramos no pudieron salir ya á la calle convertida el laguna. Se refugiaron tras el mostrador, pero pronto el peligro se hizo inminente. Los muebles flotantes impedían los movimientos, la Srta. Noriega estaba á punto de desmayarse. Entonces el Sr. Esparza, ayudado por Antonio Velázquez y el mensajero Rodriguez,

la condujeron al piso alto, con el agua á la cintura. Los demas se refugiaron en los cuartos interiores, situados, como hemos dicho antes, á mayor nivel.

Cuando quisieron regresar los de arriba, ya el agua los cubría, por lo que tuvo que quedarse el Sr. Esparza; los jóvenes Velázquez y Rodriguez se echaron valientemente al agua y penetraron en la oficina. Antes que en su salvación personal aquellos muchachos pensaron en su deber. Cogió Velázquez los sacos de la correspondencia entre los dientes y los llevó á nado al piso alto. Volvió, auxiliado por Rodriguez, y reunió todos los papeles de importancia, giros, libros, certificados, recibos, etc. y con el agua cada vez mas alta, hicieron 6 ó 7 viajes. El último de Velázquez fué terrible. Ya el agua habia cubierto las puertas de la calle; la oficina estaba á oscuras; Velázquez buscó á tientas una caja de madera donde tenía encerrados varios documentos. Nadando con ella, emprendió el camino, pero la puerta de comunicación con el pasadizo estaba también cubierta. Entonces quiso bucear, pero la caja no se sumergía. Por fin la logró hacer pasar y se encontró en el pasadizo. Allí se encontró con que la puerta que dá al patio se habia cerrado y sus hojas, trabadas, no podian abrirse. Velázquez estaba, pues, encerrado y en peligro de ahogarse. Hubiera podido saltar por encima del zahuán y salvarse, pero tenia para hacer esto que abandonar su caja. Prefirió volverse con ella, bucear de nuevo, entrar en la oficina donde el agua subia á 2 metros 40 centímetros y cansado, agobiado, llegar con ella á las habitaciones interiores donde estaban refugiados el Inspector y las demás personas.

Estos se encontraban en la última pieza, la más alta. El agua les llegaba á la cintura y se observaba un fenómeno extraño; en los cristales de las ventanas el agua de la calle se veía á un nivel mucho mayor que en el interior de la habitación; no tenía mas que romperse unos de aquellos frágiles vidrios, para que el agua, comunicándose, ahogara á todos. Esto no podría tardar en suceder; aquellos hombres eran condenados á muerte, agonizando lentamente.

La admósfera iba enrareciéndose al no poder ser renovada. Todos, con los ojos fijos en las ventanas esperaban el momento final. Velázquez dijo al Inspector que aún había salvación para algunos, para los que supieran nadar, atravesando la oficina. El inspector contestó que eso debería hacerse hasta á "última hora."

El Padre Díaz, capellán del vecino templo de San José, advertido de la desesperada si-

tuación de aquellos hombres, vino á verlos por las ventanas, metido en el agua. Comprendió que había que intentar algún recurso. Buscó barras, y unas valerosas mujeres (criadas de la casa del Sr. F. Rubio) metidas también en el agua, trabajaron heróicamente por romper los hierros, desencajar los marcos ó perforar las paredes. Todo inútil. Las rejas resistieron, las piedras no sufrieron mella. Entonces el Padre Díaz, á travez de los vidrios y en vista de haberse perdido toda esperanza de salvación, absolvió á aquellos hombres *in artículo mortis*, como se absuelve á los moribundos.

En tanto el Sr. Inspector Reyes mostraba una admirable sangre fria. Sus cigarros estaban secos y ofreció de ellos á sus compañeros, que ni aun contestaron la oferta, absorvidos por el pensamiento del peligro.

Un amigo de Antonio Velázquez (el Sr. Enrique Gómez,) vino á la reja á verlo "por última vez" y según él mismo dijo á "despedirse."

Después de tantas angustias Dios no quiso el sacrificio de aquellas vidas.

El agua empezó á bajar, la inundación decreció y poco á poco, bajando el nivel de las aguas, desapareció el peligo. Cuando se vieron libres Velázquez y Rodríguez salieron á la calle y todavía alcanzaron á salvar á un hom-

bre que venía cubierto de lodo, casi sin sentido, entre el agua.

El día siguente el Inspector, el Jefe de la oficina y todos los empleados con los pies descalzos y sin auxilio extraño, cernieron el lodo y no se perdió un solo documento, lo que hubiera traído perturbaciones grandes en el servicio y hubiera dado márgen á abusos por la falta de comprobantes.

Baste decir que la cuenta mensual que se rinde á la Administración General de Correos, que debía rendirse el día 6, estaba concluída el día 3, á los dos días de la inundación.

¿No merece ser conocida tan loable conducta?